

EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN EN TLAXCALA Y SU RELACIÓN CON EL EMPRESARIO PORFIRISTA ÁNGEL SOLANA

**Industrialisation in Tlaxcala. The perspective of Angel Solana,
a Spanish businessman during the Porfiriato**

**Blanca Esthela Santibáñez Tijerina
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), México**

Resumen: En la segunda oleada de españoles que migraron a México durante la segunda mitad del siglo XIX, se encontraban hombres que supieron aprovechar las ventajas que el Nuevo Mundo les ofrecía, como el lugar de residencia, el trabajo y las oportunidades de desarrollo económico, social y político. Uno de ellos fue Ángel Solana, establecido en la capital del estado de Puebla, pero que también hizo sus inversiones en el vecino estado de Tlaxcala. Este artículo analiza las inversiones que llevó a cabo este empresario en la región, y el papel que jugó en el desarrollo de la economía regional.

Palabras clave: industria, economía, fábricas, empresarios.

Abstract: The second wave of Spaniards who migrated to Mexico during the second half of the nineteenth century, included men who knew how to exploit the advantages that the New World offered them, as a place of residence, work and opportunities for economic, social and political development. One of them was Angel Solana, who became established in the state capital of Puebla but also made investments in the neighboring state of Tlaxcala. This article analyzes his investments in the region and the role they played in the development of the regional economy.

Keywords: factories, industry, economy, entrepreneurs.

Introducción

El estado de Tlaxcala vivió desde mediados del siglo XIX el nacimiento de la industria textil. Los primeros empresarios que invirtieron en ella hicieron uso de la experiencia que tenía su población para montar grandes y modernas fábricas, las cuales fueron instaladas en las márgenes del río Zahuapan en México. Estos industriales fueron españoles que supieron combinar diversas actividades productivas, lo que los llevó a ocupar una posición destacada, tanto política como social.

A lo largo de la historia se fueron sumando nuevas generaciones de reconocidos empresarios, que, de igual forma, contribuyeron al desarrollo de la región. Para ello gozaron de las organizaciones empresariales que facilitaron el adecuado desempeño de las negociaciones y de la propia industria textil. En las siguientes páginas ahondamos en la historia de aquellos que hicieron posible el auge y la prosperidad de una fábrica que, durante casi todo el siglo XX, contribuyó a la economía de la región. Una amalgama perfecta armonizó el capital y el trabajo, para hacer progresar una empresa industrial que se estableció a finales del siglo anterior. A lo largo de su existencia, cientos de personas dejaron su vida, su esfuerzo, sus ilusiones y sus esperanzas. Empresarios y obreros lucharon, hombro con hombro, para sortear las dificultades que se presentaron en distintos ciclos, tanto en su etapa inicial, como durante el movimiento armado del periodo posrevolucionario. Y aunque dicho movimiento condujo a la crisis económica, para el dueño de la empresa el objetivo fue salir adelante.

En relatos contemporáneos sobre los hombres de negocios y los trabajadores textiles, se narran los sinsabores que vivieron. De igual forma se describe la satisfacción que experimentaban al finalizar la jornada laboral, y haberla cumplido en forma adecuada. Los silbatos que anunciaban la hora del inicio de las tareas diarias quedaron mudos para siempre. Pero aún se conservan como hechos vivos todos estos relatos históricos en el recuerdo de aquellos que lo escucharon innumerables veces en el estado de Tlaxcala.

Para elaborar este trabajo hemos utilizado información proveniente del Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala (en adelante AHET); del Archivo del Registro Público de las Propiedades y del Comercio (en adelante AR PAGSC); del Archivo General de Notarías de Puebla (en adelante AGNP); del Archivo General de la Nación, Ramo Trabajo (en adelante AGN/RT), y, particularmente, de la información brindada por dos periódicos de Tlaxcala: *La Antigua República* y *El País*.

El objetivo de este artículo es presentar un panorama histórico sobre la trayectoria de estos hombres de negocios. Tomamos como ejemplo a Ángel Solana Alonso, un hombre que fue el pilar en el ámbito económico y social de la región centro-sureste, y que contribuyó al auge de Tlaxcala en el sector agroindustrial. Gracias a los materiales proporcionados por Leticia Gamboa Ojeda, sabemos que Ángel Solana Alonso emigró de muy joven, y llegó a establecer una red empresarial que abarcó los estados de Oaxaca, Puebla, Veracruz, Guerrero y Tlaxcala, la hacienda San Diego Apatlahuaya y la fábrica de hilados y te-

jidios de algodón San Luis Apizaquito. Es una figura representativa del progreso, la innovación y la diversificación en el mundo empresarial de los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

1. Desarrollo fabril de la región: estado de la cuestión

En el centro-oriente de México, durante el porfiriato (1876-1911), destaca la supremacía de los textiles; las primeras factorías se instalan hacia 1830, aunque cobrarán su mayor auge hacia finales del siglo XIX. En el caso poblano y tlaxcalteca, con una amplia tradición artesanal, los obreros coloniales jugaron un papel destacado como mano de obra especializada (Thomson, 2002; Urquiola, 1986). Por lo que respecta al caso veracruzano, particularmente el del valle de Orizaba, el impulso provino de los comerciantes «barcelonnettes», que se hallaron en la disyuntiva de generar sus propios textiles para distribuirlos de la forma más redituable (Gamboa Ojeda, 2008).

Respecto al ámbito social, la región y muchas otras zonas del país se encontraban gobernadas por representantes de una oligarquía nacional que se habían perpetuado en el poder con interminables reelecciones. El estado de Puebla se hallaba gobernado por el general Mucio M. Martínez; el de Veracruz por Teodoro Dehesa, y el de Tlaxcala por el coronel Próspero Cahuantzi. Las clases trabajadoras pretendían un cambio en sus relaciones laborales. Es decir, más que transformaciones sociales, requerían en primera instancia mejoras en las condiciones dentro de las fábricas. Desde finales del siglo XIX, las peticiones se centraban en la mejora de sus condiciones de vida, de trabajo y salariales (García Díaz, 1997).

En el ámbito político hubo más divergencia que convergencia entre los pobladores de los distintos estados mencionados, pues si bien la consigna general era la transformación social, en lo político el escenario resultó bastante complejo para los tlaxcaltecas, tal y como lo abordaremos en su momento. Y por último, en el aspecto laboral destacamos que los trabajadores tlaxcaltecas recibieron la influencia de sus vecinos poblanos y veracruzanos en términos de organización, ya que las primeras sociedades surgieron en dichos estados, para después difundir su radio de acción hacia los tlaxcaltecas por medio de la movilidad laboral (Gamboa Ojeda, 2001).

Las ideas provenientes de los líderes que se forjaron al calor de la discusión en los poblados veracruzanos, encontraron tierra fértil en los trabajadores de las fábricas del centro tlaxcalteca. Las proclamas defendidas por los obreros poblanos tuvieron un mayor eco en los textileros del sur del estado tlaxcalteca. El estudio de los empresarios es un elemento clave, pues es necesario conocer más a fondo el fenómeno ocurrido en Tlaxcala, donde no hubo capital nativo disponible para la inversión local o regional, y el impulso dado a la industria provino del grupo de españoles radicados en Puebla, que lograron su predominio después de haberse consolidado en la entidad poblana.

Es pertinente resaltar que si comparamos el caso de Tlaxcala con los de Puebla y Orizaba, la gran diferencia está en el hecho de que el capital para la industrialización durante el porfiriato en el primer caso provino del estado poblano, mientras que de Orizaba y de Puebla partieron las migraciones laborales y las influencias ideológicas. También destacan la incidencia y repercusiones que tuvieron en la industria textil los diversos acuerdos tomados en las convenciones industriales que se efectuaron en el periodo que estudiamos.

Asimismo debemos tener presente que los estudios publicados recientemente han demostrado lo complicado que de las relaciones entre los distintos actores del entramado histórico tlaxcalteca; los trabajos de Gutiérrez Álvarez y Gamboa Ojeda son excelentes ejemplos de la historia social desde la perspectiva regional, pues tanto en uno como en otro convergen el análisis y la interpretación de las relaciones entre obreros/empresarios, obreros/Estado, y empresarios/Estado. El primero es fundamental para entender la polarización social en el centro-oriente mexicano en los años convulsivos de las transformaciones en México; además, tiene la virtud de utilizar una serie de archivos que antes no se habían considerado para el estudio social y político del sector empresarial (Gutiérrez Álvarez, 2000). El segundo estudia el caso concreto del Valle de Atlixco, donde el empresariado radicado en Puebla pudo expandir su influencia económica y política en una serie de factorías que fueron de las más importantes de la región (Gamboa Ojeda, 2001).

2. Tlaxcala: abanico agro-industrial

Como ya es sabido, el estado de Tlaxcala es uno de los más pequeños de la República Mexicana. Sin embargo, en su territorio hubo un buen número de prósperas haciendas pulqueras y ganaderas, así como fábricas textiles, que contribuyeron durante el porfiriato al florecimiento y desarrollo del capitalismo en esa entidad. Su configuración geográfica nos recuerda la forma de un abanico, con una mayor extensión en el norte y con dimensiones más reducidas en el sur. A su vez, en la región norteña predominaron las labores agrícolas mientras que en la zona centro-sur lo hicieron las actividades agro-industriales.

Y es que el carácter prominentemente agropecuario del estado colocó a las haciendas en el principal eje de la actividad económica. Las grandes extensiones del norte fueron cuna de la bonanza pulquera que vivió el estado en el siglo XIX; y las haciendas del centro-sur, aunque de dimensiones más reducidas, también tuvieron su trascendencia como productoras de cereales. Sin embargo, el auge de las haciendas significó la ruina y desventura para la población indígena, que se vio despojada de sus ancestrales medios de producción en aras del engrandecimiento de los latifundios. Desde épocas remotas, Tlaxcala se había distinguido por ser una región con población mayoritariamente dependiente de la agricultura; pero paralelamente a esta, en la zona centro-sur del estado se habían desarrollado otras actividades: la artesanal y, más tarde, la naciente industria de transformación.

Antes de la llegada de los españoles, los habitantes de esta zona eran hábiles en el trabajo artesanal. Durante el periodo colonial continuaron desarrollándose las artesanías con la introducción de nuevas técnicas; así, la alfarería se vuelve más sofisticada con la combinación de colores y se le agrega la cerámica vidriada y esmaltada. De igual forma se incorporan nuevos elementos como el uso de la cochinilla y el salitre en la pirotecnia.

En los siglos XVIII y XIX se van implementando cambios en la elaboración de objetos de uso cotidiano, y el número de artesanos crece y se especializa. Entre ellos sobresalen los que se dedicaban a las artes mecánicas, a la alfarería, a la elaboración de cestos, canastas y jaulas de carrizo, a la elaboración de cigarrillos y objetos de ónix, entre otros; estas actividades se localizaban principalmente en los pueblos del sur del estado, aunque cabe decir que en el resto de la zona los artesanos también se dedicaban a estos y otros oficios.

Con el auge que en el porfiriato cobran diversos tipos de industria, esta actividad económica se convierte en una de las alternativas ocupacionales más importantes en el estado de Tlaxcala. Es ahí en donde se instalan, hacia la segunda mitad del siglo XIX, dos fundiciones de hierro y bronce, una en Panzacola y otra en Apetatitlán. Del mismo modo, se establecieron dos pequeñas fábricas de vidrio y una de papel. Las primeras se encontraban ubicadas en Chiautempan y en Apizaco, y en ellas se elaboraba toda clase de vidrio hueco; por su parte, la fábrica de papel San Carlos estaba emplazada en el municipio de Santa Cruz.

Otras actividades económicas que se desarrollaron en el estado fueron los molinos de trigo, la producción industrializada del lino, la fabricación del aguardiente de caña y la elaboración de jabón. Pero, sin duda alguna, la industria más importante fue la de hilados y tejidos, tanto de algodón como de lana. Sin embargo, la mecanización industrial no llega a Tlaxcala hasta finales del siglo XIX, cuando empieza a configurarse lo que será la moderna industria textil.

Por la estrecha relación que guardaban los artesanos en todo el proceso productivo de la fabricación de textiles, es indudable que contribuyeron en gran manera en la enseñanza de estas tareas a los que se incorporaron a las nacientes fábricas. Así, una buena parte de la fuerza de trabajo empleada provino de tejedores manuales que, con sus conocimientos, la apoyaron en gran medida. Localidades como San Bernardino Contla, Santa Ana Chiautempan, San Pablo Apetatitlán, Apizaco y Amaxac de Guerrero, entre otras, son ya famosas por sus tejidos de lana, que han competido con los elaborados en otras partes de la República Mexicana. El reconocimiento de los sarapes producidos en Saltillo tiene sus inicios en las 400 familias tlaxcaltecas que fueron llevadas en el siglo XVI a lo que actualmente son los estados de Coahuila, Zacatecas, Durango y San Luis Potosí, con el objetivo de poblar aquellas regiones inhóspitas y alejadas de la metrópoli novohispana.

El colorido y las técnicas en la elaboración de las prendas de lana se fueron perfeccionando con los años, aunque para su fabricación todavía se utilizan telares de mano en los talleres familiares que aún existen en varias localidades del estado de Tlaxcala.

Por otra parte, la industria mecanizada generó numerosos cambios y beneficios en el interior de su población; no obstante, este sector productivo nunca llegó a alcanzar las dimensiones que tuvo en otros estados de la República como Veracruz, Puebla y el Distrito Federal. Las primeras fábricas contaron con mano de obra barata, compuesta por artesanos desocupados, campesinos desposeídos de sus medios de producción que migraban del campo a la ciudad, y campesinos que, pese a tener una parcela, esta no les proporcionaba los recursos necesarios para subsistir. Estos últimos, aunque vendían su fuerza de trabajo a las nacientes fábricas, continuaban aferrados a la tierra a pesar de los pocos rendimientos que de ella obtenían.

La confiscación de las propiedades comunales junto con la poca rentabilidad de las tierras motivaron al sector campesino a buscar otras ocupaciones fuera del mundo agrícola. Las opciones que se presentaron fueron las ofrecidas por la actividad industrial, lo que tuvo como consecuencia una proletarización del campesinado. La incipiente industria de la región supo aprovechar la mano de obra que expulsaban tanto las comunidades como los pueblos, para extraer de ellas las mayores ganancias posibles.

Así, cuando se fundaron las fábricas textiles en tierras tlaxcaltecas, se produjo un gran florecimiento en la zona, ya que ello implicaba un desarrollo económico plenamente capitalista. Aunque, como ya hemos señalado, la primacía del campo habría de continuar, la industrialización permitiría a Tlaxcala sostener nuevas perspectivas económicas, y ser uno de los puntos más importantes para eslabonar el mercado interno. Desde la instalación de las primeras fábricas se contó con una tecnología extranjera acorde con el primer proceso de modernización de la industria textil que se estaba generando en todo el país mexicano.

Se dieron unas condiciones favorables para que se desarrollara dicha industria: la expansión del mercado interno, beneficiado, entre otras cosas, por el aumento de la población general; la construcción y expansión de las vías férreas, que contribuyeron a la conexión con los mercados más importantes del país. De hecho, el ferrocarril no solo transportaba materias primas y productos terminados, sino también obreros que estaban en constante movilidad geográfica entre los principales centros textiles del centro del país. Asimismo, el agua desempeñaba un papel indispensable como fuerza motriz para las primeras fábricas de la localidad, que funcionaban con la energía producida por la caída del agua. Estas factorías se instalaron precisamente al lado de corrientes hídricas: del río Tequisquiatl, en el centro, y del río Zahuapan, que atraviesa los municipios del centro-sur del estado.

Finalmente, otro de los factores importantes que contribuyó al desarrollo industrial de la zona fue su ubicación geográfica. Tlaxcala se encuentra situada en el eje comercial México-Puebla-Veracruz, lo que le daba una posición privilegiada porque el primero le abría el camino a un mercado más amplio, el segundo le proporcionaba mano de obra cualificada y el tercero, entre otras cosas, le ofrecía la posibilidad de obtener tecnología proveniente del extranjero y la facilidad de dar salida a sus productos hacia el exterior. Además, constituía

una ubicación inigualable porque esa zona logró concentrar la mayor parte de la producción textil del algodón, y, durante la primera fase, se contaría entre los seis estados sobresalientes por la magnitud de su participación.

Todos estos elementos, fusionados con la política administrativa del gobernador porfirista Próspero Cahuantzi, que proporcionó todas las facilidades fiscales, dieron como resultado el impulso que necesitaban las fábricas que ya se habían instalado entre 1839 y 1885: El Valor (1839-1845), La Josefina (1881), La Tlaxcalteca (1881) y La Alsacia (1887) se encontraban en los límites con el estado de Puebla, en los poblados de Panzacola y Zacatelco del municipio de Xicohtzingo. Las demás fueron ubicadas en la zona centro-sur, en especial: San Manuel (1876), que se construyó en San Miguel Contla; La Trinidad (1884), en la población de Santa Cruz Tlaxcala; Santa Elena (1888), en Amaxac de Guerrero; La Estrella (1876), Xicohtencatl (1894) y La Providencia (1901), en Santa Ana Chiautempan, y, por último, San Luis Apizaquito (1899), en el municipio de Tetla (Peñafiel, 1890).

El siguiente cuadro muestra la organización de los propietarios de las fábricas textiles,¹ a partir de datos de las Notarías del Archivo General de Notarías de Puebla.² Contiene los nombres de los empresarios españoles que invirtieron en Tlaxcala. Se recoge el año de la fundación de la fábrica y el año de explotación porque a veces no coinciden, como en los casos de Leopoldo Gavito e Ignacio Morales y Benítez, que si bien no fueron los fundadores de las factorías mencionadas, en el periodo estudiado ya aparecen como propietarios de las mismas.

Cuadro 1. Propietarios de las fábricas textiles de Tlaxcala

Nombre propietario	Nombre fábrica	Fundación fábrica	Inicio explotación
Leopoldo Gavito	El Valor	1839	1887
Compañía Manufacturera	San Manuel	1876	1876
Santos López de Letona y Apoita	La Josefina	1881	1881
Leopoldo Gavito	La Tlaxcalteca	1881	1884
Leopoldo Gavito	La Alsacia	1883	1887
Manuel M. Conde	La Trinidad	1884	1884
Ignacio Morales y Benítez	La Trinidad	1884	1899
Quintín Gómez Conde y Hnos.	Santa Elena	1888	1899
Ángel Solana	San Luis Apizaquito	1899	1899

1. AR PAGSC, Libro 3 de Comercio, tomos 4, 5, 6, 7, 9, 10, 12, 14 y 15.

2. AGNP, Notaría núm. 5, notario Patricio Carrasco, 1899, 1903, 1904, 1906, 1907, 1910 y 1911; Notaría núm. 2, notario Amado Cantú, 1903.

Todas estas fábricas tenían otro punto en común: fueron establecidas o rehabilitadas por empresarios de origen español que radicaban en la ciudad de Puebla y que habían extendido su radio de influencia al estado de Tlaxcala. Pero ¿qué clase de vínculos se establecieron con las autoridades tanto estatales como nacionales? ¿Cuál fue el apoyo que brindaron al gobierno de Próspero Cahuantzi? ¿De qué privilegios gozaron los empresarios al establecer sus negocios en tierras tlaxcaltecas?

El tipo de relaciones que prevalecía entre el gobierno estatal y los industriales españoles que invirtieron en Tlaxcala fue de colaboración y apoyo mutuo; como es de esperar, esta naciente burguesía contó con la protección de las autoridades, principalmente de las que aparecieron durante el porfiriato. Lo que todos sabemos es que las clases dominantes en Tlaxcala fueron principalmente terratenientes y comerciantes; pero con el advenimiento de la industria, en la zona hizo su aparición un pequeño grupo de inversionistas que también supo aprovechar las canonjías otorgadas por el gobernador Próspero Cahuantzi durante el periodo de 1885 a 1911.

Una de ellas tuvo que ver con la promoción del desarrollo industrial, que otorgó múltiples beneficios a los empresarios a través de la exención de impuestos, la disponibilidad de terrenos apropiados y el convencimiento a los pueblos para darles facilidades a dichos industriales, proporcionándoles mano de obra para la construcción de los edificios. A ello se añadía la privilegiada situación geográfica del estado y la abundancia de agua. Estas fueron algunas de las principales razones por las que los españoles radicados en la capital poblana decidieron invertir sus capitales en la industria textil en tierras tlaxcaltecas.

Y a pesar de no residir en Tlaxcala, pues se habían establecido en la ciudad de Puebla, este grupo mostró siempre un marcado interés hacia la política estatal. Así, los industriales mantuvieron constantemente un estrecho contacto con el gobernador tanto en el plano social como en el político-económico. Los problemas suscitados en sus empresas los consultaban directamente con él, y encontraban conjuntamente soluciones que les eran favorables, y de tal manera que en los conflictos de orden laboral o administrativos, Cahuantzi siempre se apresuró a darles prioridad para la completa satisfacción a sus dificultades.³

En justa reciprocidad, estos empresarios españoles apoyaron al gobernador tlaxcalteca en sus reelecciones cuando se entrevistaron con Porfirio Díaz:

El día 10 de los corrientes [febrero de 1908, BS] fue recibida en audiencia previamente concedida por el Sr. Presidente de la República, la Comisión que llevó por único objeto hacerle conocer de los trabajos que la Convención de Agricultores, Industriales de Tlaxcala ha llevado á cabo para hacer que en las próximas elecciones de los Poderes del Estado, la opinión pública se unifique y emita su voto en favor del ciudadano que mejores títulos tenga para confiarle el sagrado depósito de los intereses generales de Tlaxcala.⁴

3. *La Antigua República*, Tlaxcala, 16 de febrero de 1908, pág. 1.

4. *La Antigua República*, Tlaxcala, 1 de marzo de 1908, pág. 1.

Y aquella Comisión respetable, con la conciencia de la verdad, inspirándose en un sentimiento de gratitud y justicia, llevó al ánimo del Sr. General Díaz un nombre inmaculado, la historia de una administración que en cada período, lejos de perder la confianza de los tlaxcaltecas, ha merecido el aplauso que fortifica y la ayuda que impulsa nobles anhelos.⁵

Ese nombre es el del Coronel Don Próspero Cahuantzi, y la historia brillante de su administración está condensada en la honrada labor gubernativa que en veintitrés años ha realizado el modesto estadista, de cuna humildísima en Ixtulco y hoy timbre de gloria del Estado de Tlaxcala, que lo cuenta como uno de sus hijos más preclaros.⁶

Del mismo modo el diario nacional *El País* relataba este hecho al hacer la crónica de esta manifestación de adhesión por parte de los agricultores e industriales en Tlaxcala:

Este hecho tiene profunda significación que no queremos dejar pasar inadvertida, por la grandeza de la enseñanza que entraña. Porque no se trata de un grupo de politiqueros explotadores de la adulación, sin más industria que esta, ni más patrimonio ó capital que el que da lo que llaman política. Basta leer la lista que al fin de estas líneas consignamos para persuadirse de ello. Toda está formada por prominentes personalidades de la agricultura, la industria, etc., y de gran representación social, no solo en el estado sino en esta Capital y aun en Europa. Trátase, pues, de un grupo de personas independientes que no necesitan nada de la política, que poseen muchos de ellos millones de pesos de capital y que solo se han propuesto el bien del Estado en que tienen sus negocios, y especialmente honrar por medio de una manifestación seria y trascendental, un gobernante honrado, infatigable en el cumplimiento de su deber.⁷

Y es que desde su segunda reelección en 1892, Cahuantzi tuvo que sortear una serie de dificultades para poder llegar a ella, pues sus adversarios políticos ofrecieron algunas muestras de su antagonismo ante el presidente Díaz; como es sabido, uno de sus opositores fue el gobernador de Puebla Mucio P. Martínez, con el que tuvo varias disputas y de las que en algunas situaciones Cahuantzi no salió muy bien librado, como en el caso de la fábrica textil Covadonga. Esta empresa fue fundada en 1897 e instalada en terrenos que en parte correspondían a Puebla y en parte a Tlaxcala. En sus inicios se la consideraba como perteneciente a este último. Pero por ser una de las fábricas más grandes, se la disputaron Mucio P. Martínez, de Puebla, y Próspero Cahuantzi, de Tlaxcala. Finalmente, en 1902 el gobierno federal determinó que su jurisdicción recaía en Puebla.

En ocasión de su segunda reelección y en las que le sucedieron, algunas voces contrarias a su mandato gubernamental se hicieron oír ante el presidente de la República, aunque fueron hábilmente contrarrestadas por el propio gobernante. Por su parte, no toda la oligarquía tlaxcalteca estuvo en total acuerdo con el jefe estatal, sobre todo en los momentos de elevar los impuestos. Tal fue el caso cuando, con motivo del alza de la contribución sobre la producción pulquera, se

5. *La Antigua República*, Tlaxcala, 23 de febrero de 1908, pág. 2.

6. *La Antigua República*, Tlaxcala, 8 de marzo de 1908, pág. 3.

7. *El País*, Tlaxcala, 11 de febrero de 1908, pág. 4.

desató un sinnúmero de protestas por parte de los hacendados y de la población campesina en general, que pedían la anulación de la misma (Rendón, 1993, 1996).

Sin embargo, al contar con el apoyo del presidente, Cahuantzi siempre se sintió respaldado por él, y el decreto no fue derogado (Ramírez, 1987: 99-115). A propósito del general, los industriales supieron mostrarle también su adhesión en una de las visitas que hizo al estado; así, el 3 de febrero de 1906 llegó Porfirio Díaz junto con sus acompañantes a la estación ferroviaria de Apizaco, donde se apresuraron a presentarse diversas comisiones tanto de agricultores como de trabajadores de las factorías. Estas últimas estuvieron representadas por El Valor, Santa Elena, San Manuel, La Providencia, La Trinidad, San Luis Apizaco y La Josefina.⁸ Y aunque la fuente no mencionaba la presencia de los propietarios de las fábricas, es muy probable que ellos mismos fueran los que organizaron la asistencia de dichas comisiones.

Por otro lado, como sucedió con los demás gobiernos estatales e incluso con el nacional, en la entidad tlaxcalteca se mantuvo durante los años del cahuantzismo un equilibrado juego de alianzas con las élites y los caciques; las primeras representadas principalmente por los hacendados que formaban el grupo mayoritario de la clase dominante, y los segundos, por los jefes políticos de las comunidades que ejercían el poder en la zona rural. El grueso de los recursos estaba en el campo, básicamente en las regiones pulqueras, y de allí emanaba el poder económico-social que poseían los propietarios de las extensas haciendas norteñas con los que el gobernador procuraba mantener relaciones por demás cordiales; no obstante, como se vio, no siempre resultaron serlo.

Al mismo tiempo los empresarios textiles, en menor medida, fueron inapreciables aliados del gobernador. Sin embargo, el limitado número de ellos impidió que fueran determinantes en la toma de decisiones del mandatario, aunque este siempre intentó favorecerlos en todo lo posible. Así, podemos decir que, si bien la burguesía textil en Tlaxcala fue numéricamente reducida, en términos cualitativos fue muy importante, porque estos formaban parte de una élite privilegiada en el vecino estado de Puebla. También económicamente hablando, los empresarios textiles poseían cuantiosas fortunas que representaban un buen aliado para cualquiera que pretendiera tenerlos como sus allegados.

Las élites industriales de la región sostuvieron una estrecha y complaciente relación con las autoridades porfiristas tanto nacionales como locales; la política aplicada en esos años favoreció sus intereses. Tal afirmación quedaría claramente comprobada en los conflictos obrero-patronales protagonizados en los últimos años del porfiriato, en donde la figura «conciliadora» del presidente Díaz se inclinaría a favor de los empresarios; sin embargo, también sería el preludio que mostraría los signos de un marcado reacomodo de las fuerzas opositoras provenientes de los grupos anti-reeleccionistas.

8. *La Antigua República*, Tlaxcala, 4 de febrero de 1906, pág. 3.

3. Ángel Solana Alonso: inversiones y conexiones socioeconómicas

Los intrépidos inversionistas que tuvieron la oportunidad de emplear sus recursos en el ramo textil en Tlaxcala, contaron con una visión progresista para emprender negocios, en una región virgen que proporcionaba numerosas ventajas y que también les daba la oportunidad de extender su radio de influencia en un territorio que les brindaba múltiples opciones en el ámbito económico. Estos empresarios manejaron sus negocios más allá de los límites que separaban a los estados de Puebla y Tlaxcala; pero no solo se centraron en la industria, sino que diversificaron sus actividades económicas.

Si trazamos un perfil económico, social y político de los hombres de negocios que participaron en la entidad tlaxcalteca, observamos que son los mismos que intervinieron en diversas actividades empresariales en el estado de Puebla; y justamente lo hacen en la entidad vecina cuando ya contaban con una solidez económica y social conseguida en gran parte en sus años de estancia en territorio poblano.

Siguiendo una migración en cadena se habían establecido en Puebla, donde, además de los contactos familiares, se encontraba todo un escenario social que les permitía entablar relaciones con sus coterráneos, además de conservar y recrear muchas de las tradiciones que se llevaban a cabo en sus lugares de origen. Así, por ejemplo, en octubre celebraban con toda galanura las fiestas de la Covadonga, con la asistencia de toda la colonia española y en donde las jóvenes lucían los trajes típicos de la región.

Sociedades de apoyo como la Beneficencia Española, el Casino Español y el Círculo Español, eran organismos que se encontraban establecidos en la ciudad de Puebla, y ofrecían a los inmigrantes servicios de salud y socorro mutuo (Gamba Ojeda, 1988). Este grupo compartía algunos rasgos, obviamente su ascendencia española: la región de procedencia era prácticamente la misma, pues todos habían venido del norte de España, de la región bañada por las aguas del mar Cantábrico. Así, algunos de los inmigrantes españoles que se situaron en la ciudad de Puebla procedían de la región norte del país: de Asturias, Castilla la Vieja, Cataluña, León, Galicia, Castilla la Nueva, Andalucía y Vascongadas, entre otras. Y en su mayoría eran jóvenes solteros de baja condición social, motivados generalmente por cuestiones económicas y demográficas, aunque en algunos casos se optaba por la migración para escapar del servicio militar (Sánchez-Albornoz, 1988: 23-24).

Y aunque fueron diversas las causas por las que se abandonaba el país de origen, lo cierto es que en la mayoría de los casos la falta de una perspectiva económica favorable llevó a cientos de ellos a buscar nuevas alternativas ocupacionales en el nuevo continente. De la región gallega salió principalmente población dedicada a la agricultura; los asturianos emigrantes eran primordialmente aldeanos que se fueron a probar fortuna; y un caso sorprendente fue el País Vasco, que, además de expulsar a labriegos, marinos e incipientes comerciantes, de esa región emigró:

[...] una mano de obra mucho más cualificada que del conjunto español, y sobre todo destaca el elevado porcentaje de industriales y artesanos. Aún siendo muy verosímil que emigraron básicamente los sectores sociales menos afortunados, no es menos cierto que grupos sociales cualificados buscaron alcanzar en la emigración metas que no veían posibles en su propia tierra o bien que trataron de evitar el descenso social, económico o psicológico que para muchos pudo implicar el tener que ir a trabajar a una fábrica, a un taller o al comercio de otro individuo (Fernández, 1988: 105-122).

Sean cuales sean las causas del éxodo, la realidad es que muchos de los peninsulares que salieron con rumbo a México hacia la segunda mitad del siglo XIX y en años posteriores, llegaron a consolidarse como un importante grupo dentro de la economía mexicana del porfiriato, coadyuvando a la industrialización, la expansión del mercado interno y la construcción de los ferrocarriles, principalmente. En particular, los españoles que invirtieron en Tlaxcala procedían de las localidades españolas de Oviedo, Bustablado, Borleña y Bilbao. Es decir, Asturias y Santander son algunas de las regiones que vieron nacer a estos hombres de negocios que se aventuraron a venir a México, y en concreto a Puebla, con más anhelos de una vida próspera que capitales propiamente dichos.

Esa migración en cadena les permitió a ellos y a sus antecesores construir una serie de apoyos que los vinculaban por ser parientes, coterráneos o por el compadrazgo, y que se dieron básicamente en los aspectos económicos y laborales, aunque también en muchos casos se les proporcionó hospedaje y alimentación durante los primeros años de su estancia en el país.

El mencionado apoyo, junto con el esfuerzo individual de ahorro y trabajo, les permitió reunir algunos capitales que fueron invertidos inicialmente en la agricultura, especialmente en las haciendas (Gamboa Ojeda, 1988). También considero que poseían una sensibilidad para invertir y diversificar en rubros tan disímiles como el comercio, la industria, la banca, los servicios, y posteriormente la metalurgia y los carbohidratos (Santibáñez, 2013).

Entre los distintivos que compartían estos españoles emigrantes estaba que dispusieron su lugar de residencia en la capital poblana, y además constituyeron diversos negocios en la región centro-sureste del país, en especial en los vecinos estados de Tlaxcala, Oaxaca, e incluso Yucatán (Santibáñez, 2013). Manuel M. Conde llevó su radio de influencia empresarial a Mérida, Yucatán, en donde estableció algunos negocios. Otra característica de ese grupo de inversionistas fue la diversificación en sus actividades empresariales y la amplitud de su perímetro de influencia comercial.

En cuanto a las actividades económicas en que se desempeñaron durante el porfiriato, destacaban el comercio, la banca, la explotación de haciendas, molinos, fábricas textiles, bienes inmuebles, servicios, los movimientos crediticios y, años más tarde, también incursionaron en la industria extractiva como la metal metalúrgica, la petrolera, y la hidroeléctrica, entre otras (Santibáñez, 1991).

Y uno de los empresarios que no solo diversificó sus negocios, sino que también los expandió a las zonas mencionadas, fue Ángel Solana Alonso. Este per-

sonaje fue un importante hombre de negocios no solo en los años del porfiriato, sino también en las primeras décadas del siglo xx, y el fundador de una dinastía que en la actualidad tiene renombre en las esferas sociales y políticas, y que ocupó un sitio nada despreciable, no solo en el universo empresarial, sino también en el político-social. Ángel Solana fue el antepasado del ex senador priista mexicano Fernando Solana Morales.

Solana nació en 1855 en el pequeño poblado de Bustablado, en Santander. Probablemente su situación personal fue la misma que la de los demás inmigrantes hispanos. Llegó a México a muy temprana edad y se estableció en Huajuapán de León, en el estado de Oaxaca, lugar con el que siempre mantuvo lazos entrañables, no solo de negocios, sino también familiares. Ya establecido, contrajo matrimonio con una criolla llamada Concepción Castillo Ramírez, con la que tuvo nueve hijos e hijas: Carmen, Amalia, Ángel, Teresa, Concepción, María Celia, Fernando, José Luis y Blanca. Excepto esta última, que murió soltera, las demás hijas se casaron con connotados hombres de negocios como Jesús Rivero y Quijano, quien en primer matrimonio se casó con Carmen, y, tras el fallecimiento de esta, celebró sus esponsales con Teresa, con quien engendró nueve hijos e hijas. Por su parte, Amalia se convirtió en esposa del abogado y hombre de letras Francisco Pérez Salazar y de Haro.

Los hijos del matrimonio Solana Castillo también se casaron con destacadas señoritas de la sociedad poblana; tal es el caso de Fernando, cuya esposa, Concepción Morales Blumenkron, era nieta y bisnieta de distinguidos empresarios del porfiriato: Ignacio Morales y Benítez y Manuel M. Conde, respectivamente, por el lado paterno, y de Julio Blumenkron por el lado materno. A su vez, José Luis se casa con Guadalupe Martino Noriega, hija del importante hombre de negocios Félix Martino y nieta de uno de los más célebres empresarios porfiristas, Íñigo Noriega.

En Huajuapán de León, Ángel Solana crea junto con su sobrino Mateo Solana la empresa A. Solana y Sobrino, dueña de una casa comercial, que finalmente queda a cargo de Mateo cuando Solana decide mudar su lugar de residencia. Aunque no pierde sus vínculos con el estado de Oaxaca, ni los afectivos ni los empresariales, hacia 1889 se traslada a la ciudad de Puebla; con aproximadamente treinta y cinco años de edad, sabemos que ya tiene inversiones en una propiedad mercantil en la capital poblana, y que amplía posteriormente sus giros a otros ámbitos como el cultivo y la comercialización de la raíz de zacatón y otros artículos más.⁹ Y ya para finalizar el siglo xix, está documentada la comparecencia ante notario público de un grupo de prominentes hombres de empresas que declararon:

Con apoyo en la Ley General de Instituciones de Crédito, fechada 19 de marzo de 1897, la Secretaría de Estado y del Despacho de Hacienda y Crédito Público, autorizó a los señores Leopoldo Gavito, Soto y Compañía, Ignacio Rivera Hijos, Agustín Mora, Lions Hermanos, S. Le-

9. AGNP, Notaría 2, notario Amado Cantú, 1889.

tona y Compañía e Ignacio Morales y Benítez para establecer un banco de emisión en el Estado de Puebla, bajo la denominación de Banco Oriental de México.¹⁰

De este modo, el nuevo siglo fue testigo de su incursión como socio fundador en uno de los más importantes establecimientos bancarios de la región, que contó con los inversionistas más selectos de la élite poblana porfirista: Félix Martino, Santiago Aréchega, Alberto de la Fuente, Agustín de la Hidalga, Francisco M. Conde, Ignacio Morales y Benítez, Ulpiano Cuervo, Juan de Velasco, Santos López de Letona y Apoita, y Leopoldo Gavito, entre otros.¹¹

De igual forma, el 15 de diciembre de 1911 se presentó ante notario público un grupo de trece empresarios españoles con el objetivo de constituir una sociedad para hacer toda clase de operaciones bancarias y financieras. La concesión o autorización para el establecimiento de un Banco Español Refaccionario fue otorgada por el Gobierno de la República el día 4 de octubre de 1911 a los señores Manuel Rivero Collada, Feliciano Cobian, Ángel Solana, José Antonio Quijano, Francisco Lozano Z., José Mariano Bello, S. Letona e Hijos, Francisco Martínez Arauna y Fernando Zavala.¹²

Dentro del primer Consejo de Administración del Banco Español Refaccionario se encontraron Manuel Rivero Collada como primer consejero propietario, Ángel Solana como segundo, Enrique Zavala como tercero y Francisco Lozano como cuarto.¹³ En esta institución bancaria Ángel suscribió 3.200 acciones de las 20.000 que se emitieron, solo por debajo de Manuel Rivero Collada y Manuel Rangel, que poseían 4.000 acciones cada uno.¹⁴ Tanto en el Banco Oriental como en el Banco Español Refaccionario ocupó Solana en repetidas ocasiones el cargo de propietario dentro del Consejo de Administración.¹⁵

Fuera del ámbito industrial, bancario y de comercio, Solana también se involucró hacia finales del siglo XIX en la explotación agrícola a través de la hacienda de San Diego Apatlahuaya, ubicada al costado de la localidad de Apizaco. Hacia 1890 pertenecía a la testamentaria de Barrón-Escandón y estaba dedicada al cultivo de maíz y trigo con un valor de \$40.000, lo que la hacía ser una hacienda mediana, ya que las más extensas de los distritos del centro, como Hidalgo, Juárez y Cuauhtemoc, estaban cotizadas en \$80.000, y las de menor tenían un costo de \$20.000 pesos (Calderón, 1894: 26-31 y 38-39).

Años más tarde esta hacienda se dedicó a la producción de pulque y a la crianza de ganado. La información mencionada fue aportada por Etelvina Badillo el 25 de octubre de 1989, ya que la empresa siguió en manos de la familia Solana hasta la década de 1970. Y a pesar de la expropiación de una parte de

10. AGNP, Notaría 5, notario Patricio Carrasco, 1899.

11. AR PAGSC, Libro 3 de Comercio, tomos 5, 6, 7 y 9.

12. AR PAGSC, Libro 3 de Comercio, tomo 11.

13. AGNP, Notaría 5, notario Patricio Carrasco, 1912.

14. AR PAGSC, Libro 3 de Comercio, tomos 6, 7 y 9.

15. AGNP, Notaría 5, notario Patricio Carrasco, 1904.

sus tierras, al final de la revolución todavía conservaba una extensión considerable. Hacia 1989 la empresa se mantenía en buen estado, y, recorriéndola, se podían observar los vestigios del molino que había existido en su interior. Su actividad fabril la llevaba a ejercer constantemente el comercio, no solo como distribuidor de sus propios productos industriales y agrícolas, sino también como proveedor de otros artículos.¹⁶

El siglo xx le proporcionó nuevas inversiones a Solana Alonso, esta vez en actividades textiles, que ya eran conocidas para él. En 1912 aparece como miembro de la empresa mercantil La Teja S. A., que explotaba la fábrica de hilados y tejidos de algodón del mismo nombre, ubicada en el ciudad de Puebla. Si bien esta factoría se instaló poco después de 1844, es en 1912 cuando Ángel Solana aparece como accionista de la empresa.¹⁷

4. San Luis Apizaquito: una fábrica porfirista

Cuando tenía aproximadamente cuarenta y cuatro años de edad, Solana Alonso emprende la instalación de una de las últimas factorías de hilados y tejidos de algodón que se establecieron en tierras tlaxcaltecas a finales del siglo xix (véase el cuadro 1). En 1899 fundó la fábrica de hilados y tejidos de algodón San Luis Apizaquito, ubicada en terrenos de Santiago Tetla. Como otros estados de la República, el de Tlaxcala otorgaba exención de impuestos «a todo establecimiento industrial construido dentro de sus perímetros, por un término de 12 años al establecer una nueva fábrica»; sin embargo, el 1 de julio de 1908 se concedió una nueva exoneración de contribuciones, durante otros diez años, a la fábrica de hilados y tejidos de algodón, propiedad de Ángel Solana.¹⁸

Con la caída del gobierno porfirista es presumible que estas prerrogativas quedaran sin efecto, ya que en 1913 se reportaba que dicha fábrica contribuía con \$4.320,00 de impuestos por semestre.¹⁹ Los industriales estuvieron muy pendientes de colocar en sus fábricas las infraestructuras más modernas, no solo en cuanto se refiere a maquinaria, sino a toda la tecnología industrial; se utilizaron equipos principalmente de origen inglés y norteamericano, aunque también suizos.

Poco a poco la industria textil del estado fue sufriendo transformaciones hasta que llegó a convertirse en uno de los principales ejes económicos de la localidad. Así, con el transcurso de los años las fábricas fueron absorbiendo cada vez a un mayor número de trabajadores, lo que dio como resultado que las comunidades enteras se reestructuraran, y que sus habitantes fueran atraídos por el trabajo fabril, sin que abandonaran, por completo, la agricultura, pero pasan-

16. AHET, Fondo Revolución, Régimen Obregonista, Sección Fomento, 1915.

17. AR PAGSC, Libro 3 de Comercio, tomos 14 y 16.

18. AHET, Fondo Siglo XX, Sección Fomento, 1909.

19. Archivo General de la Nación, Ramo Trabajo (AGN/RT), caja 31, expediente 2, 1913.

do siempre esta a un segundo plano. De este modo se fue conformando una de las características de la población económicamente activa (PEA) de Tlaxcala que subsistió a lo largo de muchos años: el ejercicio simultáneo de actividades agrícolas e industriales.

San Luis Apizaquito contribuyó al desarrollo del municipio, cuya economía se basaba principalmente en la agricultura. De dimensiones regulares, la fábrica comenzó empleando alrededor de 175 obreros, cuyo número se incrementó hasta alcanzar los 262 en 1913. Sus 240 telares producían alrededor de 55.000 piezas tejidas de manta de mostrador y sus 3.408 husos estaban compuestos por 2.104 de pie y 1.304 de trama (véase el cuadro 2); las recién nombradas autoridades del trabajo reportaban en ese mismo año que era buena la higiene en la fábrica, y que la jornada de trabajo era de 10 horas en el turno de día y de 9 en el nocturno. A su vez, la fábrica de hilados y tejidos de algodón San Luis Apizaquito, situada en el distrito de Barrón-Escandón de la municipalidad de Apizaquito, en el estado de Tlaxcala, contaba con prestaciones importantes para los trabajadores: casas catalogadas con muy buena higiene, seguridad en el trabajo y escuela sostenida por la fábrica.²⁰

El cuadro 2 refleja que en las fábricas tlaxcaltecas se habían instalado husos y telares modernos, y aunque no se menciona, también las turbinas, de fabricación europea, eran modernas. Otro dato que podemos observar en el cuadro es que San Luis Apizaquito ocupaba el tercer lugar en cuanto a ventas declaradas, por debajo de La Trinidad y La Josefina. Contando con propiedades en territorio tlaxcalteca como San Diego Apatlahuaya y San Luis Apizaquito, Solana Alonso supo mantener buenos nexos con las autoridades tanto locales como estatales, e incluso nacionales. Su posición económica le favoreció para colocarse entre los círculos políticos y sociales de la región. En diversas ocasiones participó en actos sociales dedicados al presidente Porfirio Díaz y al gobernador Próspero Cahuantzi. Con el gobernador tlaxcalteca conservó una relación de mutuo apoyo y colaboración, y en ese sentido Solana participó en distintos eventos sociales en los era patente su respaldo.

En el cuadro incluimos las fábricas y los propietarios; las piezas, tanto tejidas como estampadas; las hilazas; las ventas; el uso moderno; el telar moderno; el número de operarios y el impuesto semestral para esta actividad. Para su elaboración hemos utilizado la información proveniente del «Ramo Trabajo» del Archivo General de la Nación.²¹

20. AGN/RT, caja 51, expediente 14, 1913.

21. AGN/RT, Departamento del Trabajo, caja 5, expediente 4, fojas 3-4, 1912.

Cuadro 2. Planta textil de las fábricas de Tlaxcala en 1912

Fábrica y propietarios	Piezas	Hilazas	Ventas	Uso moderno	Telar moderno	Operarios	Impuesto semestral
Santa Elena, Quintín Gómez Conde Hnos.	46.911	4.895	189.481	3.108	165	160	19.000
San Manuel, Cándido Mier y Cía.	33.811	4.895	191.241	4.044	178	148	11.000
La Trinidad, Manuel Conde Sucs.	76.405	10.351	306.860	6.540	320	340	14.000
El Valor, Viuda e Hijo de Leopoldo Gavito	259.316		168.574	s/d		200	6.000
La Tlaxcalteca, Viuda e Hijo de Leopoldo Gavito	94.748		196.070	8.424	340	300	9.800
La Josefina, L. Letona e Hijos	61.971		238.690	5.746	162	360	11.000
San Luis Apizaco, Ángel Solana	55.578	25.086	222.306	3.408	200	175	11.000

Uno de los eventos que mencionábamos fue el que se llevó a cabo con motivo de la anexión del pueblo de San Luis Apizaco al municipio de Barrón-Escandón en noviembre de 1907. Las crónicas periodísticas resaltaban el acto solemne por el que el coronel Cahuantzi, por mandato de la Honorable Legislatura, daba posesión del mencionado pueblo a las autoridades del municipio de Barrón-Escandón, y a las del Distrito de Cuauhtemoc. Al término del evento solemne se dirigieron los presentes a la fábrica del señor Solana, quien con toda caballerosidad y corrección «hizo que se conocieran los adelantos que ha introducido a fuerza de constancia, y que hacen de su establecimiento industrial uno de los de primer orden en su género». Después del recorrido por el interior de la fábrica, y teniendo como escenario la casa habitación del propietario, se organizó un magnífico banquete de cien cubiertos. Hubo derroche de atenciones para los invitados, y durante el postre hicieron uso de la palabra Luis García, quien ofreció la comida en calidad de anfitrión, y Rafael Anzures, tesorero general del Estado, quien felicitó a Solana por los progresos de la empresa.²²

22. *La Antigua República*, Tlaxcala, 17 de noviembre de 1907, pág. 6.

Los últimos años del porfiriato favorecieron el desarrollo de las actividades industriales. Sin embargo, los años de la lucha armada que vivió el país ocasionaron a las empresas incidentes desafortunados como escasez de materia prima, interrupción en las vías de comunicación y de transporte, y reclutamiento forzoso de trabajadores, entre otros; no obstante los industriales supieron sortear estas vicisitudes, y aunque hubo violencia y se produjo el cierre de algunas factorías, a la par otras continuaron trabajando de manera regular.

En el caso de la industria textil tlaxcalteca, se puede afirmar que, pese a estos cierres intermitentes, de las diez fábricas que operaban a fines del siglo XIX, nueve continuaron operando durante el periodo revolucionario con una producción prácticamente estable. Sin embargo, hay que destacar que en diversas ocasiones las fábricas, en particular las textiles, sufrieron paralizaciones provocadas por los grupos revolucionarios y también por parte del ejército federal; las quejas de los industriales se debían al saqueo por parte de ambos bandos, tanto de zapatistas como de constitucionalistas.

En distintos momentos se tuvo que hacer uso del ingenio de los trabajadores para suplir la carencia de refacciones que se hacían necesarias, fabricando ellos mismos las piezas que eran indispensables. Las siguientes décadas fueron de altibajos por innumerables problemas: falta de materias primas adecuadas, necesidad de modernización de la maquinaria, escasez de mano de obra, pues muchos de los trabajadores habían sido llevados a la leva o despedidos por participar en las huelgas ocurridas en esos años.

Después de la Revolución muchas de las demandas de los trabajadores quedaron sin cumplirse, y poco a poco se fueron diluyendo en las constantes derrotas sufridas por los movimientos huelguísticos; con el tiempo algunas fueron satisfechas en momentos coyunturales como el cardenismo, pero otras quedaron en el olvido del sindicalismo oficial de la CROM en los años subsecuentes. Así, hacia finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, aquellas empresas textiles que dieron sustento a cientos de familias se fueron eclipsando. Es interesante destacar que las fábricas textiles tlaxcaltecas siguieron, con algunos matices, el mismo rumbo. Todos los establecimientos que vieron la luz en la época decimonónica se paralizaron casi de forma simultánea. El primero que suspendió sus actividades definitivamente fue San Luis Apizaquito en 1961. Y le siguieron Santa Elena en 1967, La Trinidad en 1967, La Tlaxcalteca en 1968 y La Estrella en 1972. Las empresas El Valor y La Josefina dejaron de ser factorías textiles en esa misma década, y San Manuel se transformó en 1964 en la Sociedad Cooperativa Obrera de Producción Samuel O. Yúdico, que se clausuraría en 1976.

Diversas fueron las causas del cierre de estos recintos fabriles, contándose entre las principales la falta de modernización de la maquinaria, que en muchos casos era la misma con la que habían sido equipadas originalmente, a veces con ciertas innovaciones poco sustanciales. Los cierres también fueron provocados, en segundo lugar, por la crisis del algodón que se vivió en México durante la década de los sesenta, aunada a la competencia de fibras artificiales que

fueron inundando paulatinamente el mercado nacional. Aunque la industria textil atravesó por una etapa de crisis, en la década de los setenta logró una reactivación de la producción, pero ahora con nuevas fábricas, cobrando auge en Tlaxcala la elaboración de artículos de lana y de fibras sintéticas. La entidad entró asimismo en un periodo de cierto dinamismo, porque la industria de transformación se amplió con la presencia de nuevas actividades, como la producción de componentes automotrices, muebles, equipajes para viaje, alimentos para animales, derivados químicos... Estas empresas, a través de la instalación de corredores industriales, crearon fuentes adicionales de trabajo para las nuevas generaciones de tlaxcaltecas, que han conocido, por esta razón, una diversificación de las categorías ocupacionales.

Así como en Tlaxcala se ha generado, pues, una revitalización de la economía, ha surgido también el interés por reutilizar los espacios que antaño dieron albergue a cientos de trabajadores y fueron una fuente económica primordial para centenares de familias tlaxcaltecas. Espacios fabriles como La Trinidad y San Manuel (Santibáñez, 2002: 215-225) han abierto sus puertas a otras alternativas para la ocupación de sus instalaciones, creando no solo un rescate del patrimonio industrial, sino también un rescate y difusión de la historia de Tlaxcala para las nuevas generaciones.

Conclusiones

Los negociantes que nacieron en España, y que migraron a tierras aztecas en el siglo XIX, supieron aprovechar los beneficios del capitalismo que implementó el gobierno de Porfirio Díaz. Con gran intrepidez, pocos capitales y visión empresarial, lograron construir las relaciones necesarias que les permitieron establecer una serie de vínculos tanto sociales como económicos. Con los beneficios del parentesco natural y el logrado a partir de enlaces matrimoniales, amasaron una fortuna considerable que los posicionó en la élite del mundo empresarial. El grupo que analizamos en este estudio se estableció en Puebla e invirtió en Tlaxcala, y la razón de no trasladar su residencia a esta última localidad se debió a una cuestión de estatus, ya que la ciudad de Puebla contaba con toda una infraestructura social y política que les permitió ampliar sus redes empresariales y consolidarlos en el ámbito político. El estado de Tlaxcala, de dimensiones más reducidas, localidades más rurales y escasos centros urbanos, no les ofreció las condiciones idóneas para ese desarrollo económico y político-social.

El caso de Solana ilustra plenamente la actuación de estos propietarios que diversificaron sus negocios y ampliaron su red de influencia comercial a lugares como el Distrito Federal, Guerrero, Hidalgo, entre otros, y muy probablemente el extranjero. Con un enfoque moderno, Solana supo conducir sus negocios de manera apropiada para salir lo mejor librado posible del torbellino revolucionario y establecer las relaciones necesarias con los gobiernos surgidos de ese mo-

vimiento armado. Sin duda, los negocios e inversiones realizados por Ángel Solana Alonso van más allá de lo que aquí se ha expuesto, y las redes establecidas son más profundas de lo que se ha podido describir.

Bibliografía

- CALDERÓN, Joaquín (dir.) (1894). *Memoria de la Administración Pública del Estado de Tlaxcala presentada a la H. Legislatura del mismo, por el Gobernador Constitucional Coronel Próspero Cahuantzi, el 2 de abril de 1893, en cumplimiento de lo prescrito en la fracción XXIV del Art. 58 de la Constitución Política Local*. Tlaxcala: Imprenta del Gobierno.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, Emiliano (1988). «Los movimientos migratorios vascos, en especial hacia América». En: Sánchez Alborno, Nicolás (coord.). *Españoles hacia América. La emigración en masa 1880-1930*. Madrid: Alianza.
- GAMBOA OJEDA, Leticia (1988). *Los empresarios de ayer*. Puebla: BUAP.
- GAMBOA OJEDA, Leticia (2001). *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco, 1899-1924*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla – Fondo de Cultura Económica.
- GAMBOA OJEDA, Leticia (2008) (coord.). *Los Barcelonnettes en México. Miradas regionales, siglos XIX-XX*. México: BUAP – Universidad Juárez del Estado de Durango.
- GARCÍA DÍAZ, Bernardo (1997). *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa Veracruz*. México: Fondo Mendocino para la Cultura y las Artes.
- GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, Coralía (2000). *Experiencias contrastadas. Industrialización y conflictos en los textiles del centro-oriente de México, 1884-1917*. México: El Colegio de México.
- PEÑAFIEL, Antonio (1890). «Cuadro estadístico de la industria fabril de hilados y tejidos en la República Mexicana en 1888 y 1889». En: *Boletín semestral de la estadística de la República Mexicana, a cargo del Dr. Antonio Peñafiel*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- RAMÍREZ RANCAÑO, Mario (1987). «Próspero Cahuantzi: el gobernador porfirista de Tlaxcala». *Historias*, revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 16, enero-marzo, págs. 99-117.
- RENDÓN GARCINI, Ricardo (1996). *Breve Historia de Tlaxcala*. México: Fondo de Cultura Económica – El Colegio de México.
- RENDÓN GARCINI, Ricardo (1993). *El Prosperato. Tlaxcala 1885-1911*. México: Siglo XXI.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (1988). «Medio siglo de emigración masiva de España hacia América». En: Sánchez Alborno, Nicolás (coord.). *Españoles hacia América. La emigración en masa 1880-1930*. Madrid: Alianza.
- SANTIBÁÑEZ TIJERINA, Blanca Esthela (2013). *Industria y trabajadores textiles en Tlaxcala: convergencias y divergencias en los movimientos sociales, 1906-1918*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- SANTIBÁÑEZ TIJERINA, Blanca Esthela (2002). «San Manuel: una recuperación de los espacios estructurales». En: *Memoria del Segundo Encuentro Nacional para la Conservación del Patrimonio Industrial. El patrimonio industrial mexicano frente al nuevo milenio y la experiencia latinoamericana*. México: Conaculta, págs. 215-225.

- SANTIBÁÑEZ TIJERINA, Blanca Esthela (1991). *La Trinidad: una fábrica textil tlaxcalteca y su entorno agrario-industrial durante el Porfiriato*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).
- THOMPSON, Guy (2002). *Puebla de los Ángeles. Industria y sociedad de una ciudad mexicana 1700-1850*: México: BUAP – Gobierno del Estado de Puebla – Universidad Iberoamericana Puebla – Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- URQUIOLA PERMISAN, José Ignacio (1986). «División del trabajo, salarios y movilidad laboral en las manufacturas textiles: Tlaxcala 1570-1635». En: *Historia y sociedad en Tlaxcala, Memoria del I Simposio Internacional de Investigaciones Socio-históricas sobre Tlaxcala*. Tlaxcala: Universidad Autónoma de Tlaxcala, págs. 91-100.

Fecha de recepción: 9 de septiembre de 2015

Fecha de aceptación: 15 de marzo de 2016

Fecha de publicación: 7 de noviembre de 2016